

ESCUELA SIN DIOS

LC 585

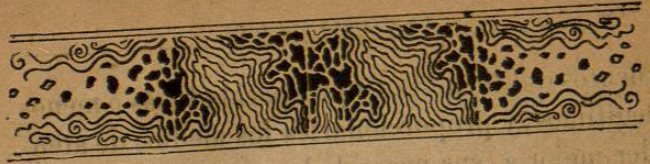
676

665

1904



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



La Escuela sin Dios.

Agotada parecerá la materia de que vamos á tratar, después de haberlo hecho verdaderos genios en el saber humano y preclaros talentos en los varios sistemas de enseñanza; sin embargo, á pesar de nuestra pequeñez, la abordamos persuadidos de que son inagotables las demostraciones de la misma verdad en los diversos, distintos y aun diferentes puntos de vista, bajo que se la considere.

La escuela fué fundada desde que existe la familia, pues por la ley natural los padres han reconocido siempre la obligación de instruir á sus hijos, transmitiéndoles sus conocimientos propios sobre todo aquello que conceptúan adecuado para formar en sus generaciones los ele-

011403

mentos del bienestar y prosperidad más ó menos legítimos, y proporcionarles los medios de atender mejor á sus necesidades naturales, y satisfacer las aspiraciones del espíritu ingénitas en el hombre hacia lo sobrenatural y relacionadas con la Divinidad á que rindiera culto. Adam, como primer patriarca de la humanidad, fué á la vez el primer preceptor de sus hijos, de quienes proceden todos los pueblos y naciones. El les enseñó, á la sombra de su hogar ya maldonado pero confortado con la fe de un Redentor, alentado por la esperanza en las promesas divinas y mantenido al suave influjo de la caridad de un Dios á la vez que justo misericordioso, las verdades naturales y otras provenientes de la revelación, en las cuales consistían entonces los vínculos de alianza y las recíprocas correspondencias entre el Creador de todas las cosas y el sér privilegiado salido de sus manos omnipotentes á imagen y semejanza suya. Desde entonces existe la religión en el mundo, como connatural al hombre por razón de dependencia y por relaciones de amor y gratitud: y desde entonces, momento supremo de la creación del hombre, jamás ha dejado éste de reconocer ese conjunto de preciosas ligaduras que le atan

á la Divinidad como autora de sus días, dispensadora de gracias y beneficios, suprema ordenadora de sus destinos y distribuidora de premios ó de castigos ultraterrestres. La historia del hombre no ha podido jamás considerarlo desposeído de su carácter religioso, condición esencial de su vida y de sus obras, de la que le es tan imposible prescindir como de la atmósfera en que su cuerpo nace, se sustenta, alienta y desarrolla.

Esto ha sido siempre; pero en estas últimas épocas ha levantádose una turba de espíritus innovadores, que se ha armado contra Dios, pretendiendo desalojarlo de sus antiquísimas posesiones y arrancar de raíz el conocimiento de su sagrado nombre, que entraña en los senos de las naciones, de los pueblos, de las sociedades, de las familias y hasta de los individuos; colocando en su lugar á la humanidad, para que á sí misma se levante altares y se rinda culto, si no del espíritu que hasta en lo malo revela su grandeza, sí de la materia que busca en todo la saciedad del sensualismo en los groseros placeres, cual lo hicieran los cerdos inmundos de la pira de Epicuro.

“Rehusar á Dios el único lugar que puede

tener, el lugar primero, es quitárselo; pues en efecto, es propio de la naturaleza de este sitio el no quedar vacío. Es también propio de la naturaleza del hombre, como proviniendo de Dios, el ocuparlo. El hombre sube hasta donde puede *¡usquequo non ascendam!* tal es su divisa. Y ¿por qué no había de subir tanto cuando nada le detiene y cuando él mismo no se ha detenido ante Dios? Lo que se ha llamado *la secularización* del hombre no es más que su deificación. El Pueblo Soberano con estas condiciones no es más que el Pueblo Rey de los Romanos, que fundan esta prerrogativa en el temor de Dios; es el Pueblo-Dios. El culto de la *diosa Razón* ha sido su tradición necesaria. La forma de este culto no ha durado, porque le avergonzaba demasiado; pero el culto ha quedado inspirando después todas las doctrinas que se han producido fuera del cristianismo, y todas las cuales se resumen en el *Dios Humanidad*. Esta es la religión revolucionaria, de la que participan todos los que no son fieles al culto católico del *Hombre-Dios*. Y esto es tanto más riguroso, cuanto que es consiguiente ó preciso, en un sentido, esto es, respecto de lo falso y del mal, si puedo hablar así, porque el

hombre participa de Dios y lo tiene por fin de su destino, y rehusando de Dios este fin, la vocación de su naturaleza le impulsa á "arrogárselo."

"He aquí pues el hombre, no ya participado de Dios y en sociedad con Dios, lo cual hace el cristianismo, sino destronando á Dios y haciéndose dios él mismo, con exclusión de Dios."

"Pero ¿quién es como Dios? Y si este apóstrofe cayó como un rayo en la frente del Angel apóstata en su gloria ¿cuán abrasador no debe ser su peso cayendo en el hombre en su miseria? ¡qué criminal y absurda locura la suya! ¡qué desorden en una sociedad que funda su pretensión en ello! Verdaderamente si no hubiera sido porque el culto de Dios se conserva todavía en su seno por sus servidores, y retardando las consecuencias de este desorden, esto hubiera sido el fin de dicha sociedad en el mismo instante" (1).

Para imponer esa religión de pura carne á la humanidad se ha inventado el medio, el más adecuado por cierto, de proscribir en la escuela

(1) Augusto Nicolás—"El Orden Cristiano"

la idea de Dios cual verdaderamente lo es en acto y en potencia, en esencia y soberanos atributos. A esa escuela sin Dios se ha llamado, con toda propiedad: "escuela laica". Lugar de la enseñanza del "laicismo," que reconoce en los legos el derecho de gobernar también la Iglesia, cuya teoría apareció en la Inglaterra, país clásico del protestantismo, y como una de sus consecuencias más racionales, durante el siglo XVI. Ahora se ha convertido el laicismo en un sistema filosófico que proclama como principios, en consonancia con su doctrina: 1.º La constitución perfecta de la sociedad civil exige que las escuelas populares, abiertas á todos los niños de cualquier clase del pueblo, y en general los institutos públicos destinados á enseñar las letras y las ciencias superiores, y á dirigir la educación de la juventud, sean emancipados de toda autoridad de la Iglesia, de toda influencia moderadora y de toda intervención de la misma; y que se hallen sometidos plenamente al arbitrio de la autoridad civil y política, según el deseo de los gobernantes, y la corriente de las opiniones comunes de la época; y 2.º Los católicos pueden aprobar un sistema de educación de la juventud, separado de la fe católica y de

la potestad de la Iglesia, y que tenga por objeto único, ó á lo menos principal, las ciencias de las cosas naturales, y los fines de la vida social sobre la tierra.

Mas estos dos principios son erróneos, y como herejías han sido condenados por la Iglesia de Jesucristo en las proposiciones XLVII y XLVIII del sapientísimo "Syllabus." Errores proahijados por el liberalismo, los cuales, con el auxilio de Dios, refutaremos con suma copia de argumentos á que presta apoyo de consuno y á un tiempo mismo la fe, la historia, la experiencia y la razón. Por ahora nos bastará afirmar, que la escuela laica es la propagadora de lógicas enseñanzas de aquel sistema que erige por Dios, causa y fundamento de toda verdad, al hombre como principio y término de toda razón. La enseñanza laica no es por consiguiente atea, en la más estricta significación de esta palabra, pues reconoce por Dios á la humanidad, y su ciencia es de la naturaleza, en cuanto proporciona contentamientos, bienes y hasta grandezas á su divinidad, si bien más noble que las del politeísmo y paganismo, incomparablemente más funesta y terriblemente corruptora; porque el hombre que se tributa á sí

mismo los honores debidos á Dios, prescinde de todo deber y se constituye en creador de derechos para sí propio, que hará pesar y cumplir á los seres más debiles, sin relación alguna con la justicia, ni aun con la moralidad.

“Usurpar los derechos de Dios, es usurpar los derechos del hombre, el primero de los cuales, que garantiza todos los demás, es no obedecer sino á quien se deba por derecho. Ahora bien: *¿quién puede pues arrogarse la soberanía sobre el hombre entre los que por derecho viven siendo iguales suyos?* dice Milton en ese gran poema del *Paraíso perdido*, fruto de la experiencia de una revolución que fué como su moralidad y tan aplicable á la nuestra. Y Milton, explicando estas palabras *iguales*, con un gran criterio, que marca toda la diferencia de estas dos revoluciones: *iguales*, dice, *si no en poder y en brillo, por lo menos en libertad, porque los rangos y los grados no juran con la libertad, pero se armonizan con ella y si no somos todos iguales, somos todos libres, igualmente libres*”

“Y *¿cómo* somos libres con esa verdadera libertad que no se armoniza con los rangos y los grados en la desigualdad aun de condiciones? No obedeciendo más que á quien se deba

por derecho, al único soberano, á Dios; *verdadera libertad filial* que constituye la verdadera autonomía en los hombres, como dice perfectamente el perspicaz ciego, Milton:

Y en esta sola obediencia
Se fundan nuestros derechos

como traduce Delille.”

“He aquí, en dos palabras toda la teoría del orden y de la libertad trazada por mano de un revolucionario, cuya rebelión, diferente en esto de la nuestra, no había ascendido hasta Dios”

“Nadie, rey ó pueblo, por el solo hecho de no ser más que hombre, no tiene derecho de poner la mano en su igual en libertad. El hombre es de Dios solo. La verdadera autoridad *en el hombre sobre el hombre*, no es la autoridad *del hombre* sino de Dios. Y lo que constituye esta verdadera autoridad, constituye precisamente la libertad.”

“Arrogándosela, el revolucionario se hace tirano”

“Y *¿cómo* no había de ser tirano, siendo él

mismo esclavo, esclavo de esta misma usurpación que quiere imponernos?"

Por fortuna no son el mayor número de los hombres los dioses de sí mismos.

II

Al tratar esta importante materia de la enseñanza en general, que debe impartirse al hombre como miembro de una sociedad culta y civilizada, ocurren al pensamiento estas dos cuestiones: 1.^a ¿Pueden la escuela ó el colegio prescindir de la enseñanza de la religión y de las prácticas religiosas? 2.^a Puesto caso que la escuela y el colegio no puedan prescindir de estas enseñanzas ¿á quién corresponde nombrar maestros y directores que hayan de darlas y ejercer inspección sobre ellas?

Siendo el hombre un compuesto de cuerpo y alma, por propia esencia, está dotado de facultades educativas y facultades intelectivas. Por las primeras se forma su sér moral y social; y por las segundas alcanza la posesión de la suma mayor de conocimientos que puede abarcar para el desempeño de sus destinos, temporal y

eterno. En el plan que tiene que adoptarse para desarrollar estas facultades en el hombre, se le debe considerar como es en sí por razón de su propia naturaleza, en forzosa relación con su Autor, y no tal como quiere considerársele al capricho de la razón humana, que tiende á la relajación de todo vínculo de dependencia y subordinación entre el Creador y la criatura, ó á establecer á su arbitrio caprichosas relaciones entre ambos que ninguna ley natural ó divina sancionan. Si existe el hombre por Dios, la religión se impone como el natural conjunto de leyes que constituyan, reglen y rijan esas relaciones; ocupando un lugar necesario en el desenvolvimiento de la vida humana, desde el tiempo hasta la eternidad. Relaciones que nacen con el hombre y que como él viven aún después de la muerte. Por esto, todos los conocimientos parten de esa necesaria fuente y á ella reconocen como el principio de donde emanan y fin á donde se conducen.

Es inconcebible un curso de filosofía extraño á toda idea religiosa: la Medicina tiene que admitir ó rechazar por otro sistema igualmente religioso la existencia del alma humana, como causa motora é impulsadora del movi-

miento y de las demás funciones del organismo: el Derecho no puede menos de expresarse invocando los derechos de la conciencia y de la moralidad, que así imponen la fuerza del deber para el cumplimiento de las obligaciones, en los órdenes civil y penal, como en el político la *coercición* para el fiel obediencia de los mandatos justos de la autoridad legítima: la Historia aborda necesariamente las cuestiones religiosas, pues en la religión se han inspirado los más grandes acontecimientos y á la verdadera se deben todos los monumentos más augustos y venerandos de civilización y de cultura, y llenos están los siglos de su nombre y de sus obras de literatura, artes y ciencias; demostrando que el hombre es más que un sér racional, un sér religioso, calidad por la que se distingue esencialmente de los demás seres de la creación; en fin, hasta la Geología, la Astronomía, la Cosmogonía y en general las ciencias naturales, no pueden prescindir del Génesis de Moisés, en sus investigaciones sobre las leyes que rigen la naturaleza de todas las cosas, en relación con la causa eficiente, creadora y conservadora de todo cuanto existe, así en la tierra como en los cielos. Si Dios existe en todas las cosas, como

principio de vida y causa, en concordancia con sus efectos, ninguna escuela puede suprimirlo de sus enseñanzas, sin incurrir en la mayor de las aberraciones en el aprendizaje de las ciencias que tan imperiosamente le reclaman. "Los hombres falacísimos, los que tál cosa pretenden, como dijo el santo é inmortal Pontífice Pío IX, en su Encíclica *Quanta cura*, se proponen principalmente con sus impías máximas y maquinaciones. . . . inficionar y depravar lastimosamente con toda clase de perniciosos errores y vicios, los ánimos tiernos y dóciles de los jóvenes."

"Nadie puede ignorar ciertamente que la tristísima y deplorable condición en que la moderna sociedad diariamente se precipita, nace de tantas funestísimas maquinaciones como se ponen en práctica para alejar más y más cada día de las casas de educación pública y aún del seno de las familias, la santísima fe de Cristo, su Religión y su saludable doctrina, y reducir é impedir su salubérrima influencia."

Un escritor moderno, juicioso y moderado, no creyó exagerar ni hablar fuera de propósito, como dice Teller, descontando á los ateos de la clase de criaturas racionales, cuyo freno único

para contener sus pasiones sería el temor servil de las leyes humanas; porque en verdad si se quita á Dios acaban de un solo golpe la fe pública, la justicia, la fuerza moral que inclina al cumplimiento del deber y estimula á la práctica de la virtud, la firmeza en los contratos, la represión del crimen, la autoridad del que gobierna y la obediencia de los súbditos. "Tal es la debilidad del linaje humano y tal su perversidad, dice Voltaire, patriarca de la impiedad más cínica y desenfrenada, que le está mejor sujetarse á todas las supersticiones posibles, que vivir sin religión. El hombre ha tenido siempre necesidad de un freno, y por más ridículo que fuese sacrificar á los faunos, silvanos y náyades, era mucho más útil adorar estas imágenes fantásticas de la divinidad que arrojarse al ateísmo. Un ateo que fuese razonador violento y poderoso sería un azote no menos terrible que un supersticioso sanguinario. Es absolutamente necesario, así para los príncipes como para los pueblos, que la idea de un Sér Supremo, criador y remunerador, esté profundamente impresa en los ánimos. El ateo, dice en otra parte el mismo filósofo, es astuto, ingrato, calumniador, inquieto, sanguinario; discurre y obra se-

gún estas disposiciones, si está seguro de la impunidad de parte de los hombres. Está demostrado que el ateísmo, cuando más puede dejar que subsistan las virtudes sociales en la tranquilidad apática de una vida privada; pero conduce á todos los delitos en las agitaciones y turbulencias de la vida pública. Una sociedad particular de ateos que pierde locamente sus días en medio de los deleites del vicio, podrá durar algún tiempo sin tumultos; *pero si el mundo estuviese gobernado por ateos, sería para nosotros lo mismo que estar bajo el imperio inmediato de los demonios.* Y por último, considerando él mismo que en el sistema del ateo es consiguiente no reparar en medios para satisfacer sus pasiones, avanza á decir: "SI NO HUBIERA DIOS, SERÍA PRECISO INVENTARLO."

Mr. Chesnel, dice: "Dios es la fuente más alta de nuestros derechos, la regla suprema de nuestros deberes y el fin último, como el germen y el molde de todo lo que se dilata bajo la sociedad civil en toda la serie de las actividades humanas. Quitad la religión, suprimid lo que enseña, manda y prohíbe: sólo existirán efectos sin motivo, actividades sin regla, movimientos sin ley, conciencias sin juicio y leyes

sin sanción. No habrá punto de partida, ni camino que seguir, ni fin que alcanzar."

De esta unión moral del hombre con Dios como Supremo Señor y su último fin, que es la que constituye la verdadera religión, nacen las relaciones entre Dios y el hombre, de la inteligencia, de la voluntad, de la sensibilidad, de dependencia, de reconocimiento, de admiración y amor, de adoración, de semejanza, de deseo y destino, y de responsabilidad. Mas estas relaciones y la misma fe en Dios serían completamente estériles é innecesarias si no se manifestaran con señales exteriores, por signos sensibles; pues aun la misma naturaleza del hombre le inclina á hacer salir fuera de sí sus sentimientos y deseos, sus pensamientos y afecciones interiores. Estas demostraciones de la fe religiosa dan existencia y vida á la piedad y al culto, piedad que abarca todos los deberes del hombre para con el mismo Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes; y culto de amor, de veneración y de respeto hacia el propio Sér Supremo." La piedad, según Dupanloup, abraza todos los afectos, comprende todos los sentimientos de ternura, de nobleza y casi siempre de sublimidad: la fe viva, el amor generoso, la

confianza filial, el temor de Dios, la gratitud á los beneficios, la adoración, la plegaria, el celo por las cosas que redundan en loor del Señor; todo eso se llama piedad. Y en recompensa del dulce comercio que con Dios mantiene el alma piadosa, alcanza, según la Divina Escritura, *el rocío de la tarde y el rocío de la mañana*, la inspiración de lo alto y el rayo de aquel divino sol que hace brotar en el corazón las más santas y generosas virtudes: la fuerza moral, la energía en el bien, el valor indomable contra el mal y el heroísmo del alma en las rudas pruebas de la vida."

Si la idea de Dios debe estar á la cabeza de todos los pensamientos del hombre y la ley divina debe ser la norma reguladora de todos sus movimientos y afectos, las prácticas religiosas que se dan para el cumplimiento de esa ley y para la realización de aquella idea, deben ser tan precisas y son tan necesarias, que sin ellas es imposible perfeccionar y desarrollar el sér moral, informarle en la virtud y encaminarle á sus eternos destinos; porque en el hombre hay algo más precioso que su inteligencia: su conciencia y su corazón; y la vida del corazón y de la conciencia radican en la honestidad y en

cia social del cristianismo, desfigurando los hechos y falsificando las doctrinas con una impudencia y un cinismo inimitables; se ha ofuscado la inteligencia de sus autores, al grado de que no se sabe qué cosa debe admirarse más, si su ignorancia ó su mala fe. Sin embargo, como esas obras secundan tan eficazmente el gran propósito de la Revolución, de descatalogar á los pueblos, se las hace adquirir celebridad por todas las sectas enemigas de la Iglesia y por las logias masónicas, y son aplaudidas y elogiadas aun por aquellos de quienes esperarse debiera un juicio más ajustado al sutilísimo criterio cristiano; sostenidas por la ayuda insensata de los espíritus que, turbados por secretos remordimientos, á causa de la conducta que observan y que se conforma en muy poco con la intranigente y severa moral cristiana, buscan el sosiego y casi hasta la justificación de sus conciencias, en esas obras de la mala prensa, de las cuales, bajo tales auspicios, agótanse sus ediciones, y se las mira adquirir la misma importancia y el prestigio que corresponden únicamente á las producciones del ingenio, inspirado por la verdad y la virtud.

En refutación de semejante error y con el

objeto de que nuestra voz se halle mejor autorizada y se la considere más libre de apasionamiento, vamos á seguir al apologista cristiano don Niceto Alonso Perujo, cuyas ideas sobre el particular hacemos nuestras.

Para los hombres que no levantan sus ojos de la tierra, para los positivistas y materialistas que cifran la felicidad de los pueblos en la abundancia de goces materiales; para los socialistas y comunistas que se exasperan con toda privación y con todo sacrificio, y aspiran á reconstruir la sociedad sobre la base del más avanzado naturalismo; para los viciosos y libertinos que ven en la doctrina de la Iglesia un freno á sus pasiones alborotadas; para los que aman una licencia desmedida en obras y en palabras, y desean vivir como paganos; para todos aquellos, en fin, que no quieren pensar en la otra vida, y á quienes la voz de la Iglesia que les recuerda los castigos eternos, turba en medio de sus placeres criminales y excita sus remordimientos, se comprende que la severa doctrina católica les parezca contraria al falso bienestar de la sociedad que ellos se fingen. Pero los que conocen el verdadero bien y los verdaderos intereses de la sociedad, piensan con razón que la doctrina

católica, lejos de ser opuesta á ellos, por el contrario los promueve y los asegura, y que sólo puede ser dichosa la sociedad, en cuanto es doble acá en la tierra, cuando siga decididamente esta doctrina salvadora.

Porque el bello ideal de la sociedad humana, consiste en el reinado de la verdad, de la justicia, del orden y de la caridad, cosas todas que dimanar naturalmente de los principios católicos, y que son el fin social que aspira á realizar el catolicismo. Aquella sociedad puede llamarse dichosa, dice San Agustín, *cujus rex veritas, cujus lex charitas, cujus modus eternitas*; y sólo la doctrina católica puede formar una sociedad semejante.

Los grandes males que aquejan al mundo, el caos en las inteligencias, la corrupción en los corazones, el sensualismo en los afectos, el egoísmo en la conducta, sólo en la doctrina católica hallan su correctivo y su remedio. Contra el escepticismo del siglo, tiene una verdad infalible, contra la corrupción opone la santidad, contra el egoísmo prescribe la caridad, contra el sensualismo enseña el mérito del sacrificio. Pero hoy no se quiere comprender que la perfección de la sociedad está ínti-

mamente unida con la represión del vicio y del error, y con el desarrollo de la moralidad. Se olvidan por desgracia las lecciones de nuestros Libros Sagrados, sobre *que la justicia engrandece á las naciones, al paso que el vicio hace infelices á los pueblos* (1): *que la suerte de las naciones impías es desastrosa* (2); *y que no es dichoso el pueblo que tiene riquezas y comodidades materiales, sino el que vive y teme al Señor Dios* (3) "Es preciso recurrir á Dios, como se expresa Reymond, y reconocer que la religión que enseña toda verdad y da fuerza para practicar las virtudes, es la que proporciona á la multitud, aun aquí en la tierra, la mayor suma de prosperidad. Es menester que la ciencia de la economía social, lejos de permanecer indiferente al movimiento reparador dado á la inteligencia humana, reciba el reflejo luminoso de la eterna verdad, y que el acuerdo entre ella y los principios católicos, se haga ostensible á los hombres de recto corazón. Entonces la caridad mitigará los males y los contrastes de la desigualdad social, y la economía política cumpli-

(1) Proverbios, XVI. 34.

(2) Sabiduría, III. 19.

(3) Salmo XXXII, 12; CXLIII, 15.

rá completamente su elevado destino. ¿Quién puede disputar al catolicismo cuanto puede contribuir á acrecentar los elementos de la fortuna pública con el espíritu de sacrificio, que inspira la proscripción de los vicios, las virtudes que proclama y los deberes que impone? A él pertenecen la inteligencia de la necesidad del pueblo, la expansión del corazón y la fuerza del ingenio; á él también las vivas inspiraciones y las miras lejanas de lo por venir”.

Si es cierto, y no tenemos reparo en confesar que el indiferentismo de nuestra época, el desvío de la religión y el ateísmo oficial de los gobiernos, han coincidido con un gran desarrollo industrial y comercial en todas las naciones, de aquí no se puede inferir, como lo hacen los adversarios, que la doctrina católica es indiferente al progreso material ó que lo retrasa. En los siglos pasados, las épocas de mayor fe y piedad han coincidido con épocas del mayor esplendor material, con la concurrencia á los mercados lejanos de Asia, y con las grandes empresas comerciales y marítimas. Pero la actividad financiera de nuestro siglo, unida á la decadencia aparente de nuestra religión, sería una cosa fenomenal, si no tuviera en ella misma

su explicación lógica. Cuando el hombre se aparta del cielo, necesariamente ha de poner todo su afán, todo su empeño y todo su interés en las cosas de la tierra, y por eso el ansia de atesorar ha producido ese movimiento incesante y vertiginoso de nuestras fábricas y nuestros mercados. Pero aun concediendo, lo que no es cierto, que la doctrina católica contribuye á detener algún tanto ese desarrollo material, no por eso habría derecho para afirmar que se oponía al bien de la sociedad. La dicha de los pueblos no es la actividad febril y el movimiento sin reposo de los tiempos modernos, ni esa abundancia de inventos, que si traen nuevas comodidades, representan para las clases numerosas un aumento de privaciones. Aun cuando así fuera, todo hombre pensador que conoce nuestros inmortales destinos y que sabe que nuestro paso por la tierra sólo tiene por objeto ponernos en aptitud de conseguirlos por nuestras buenas obras, no pueden menos de convenir que no hay estado social más envidiable que aquel en que cada ciudadano encuentra mayores elementos y mayor facilidad para asegurar su último fin.

Si desligamos el orden material de toda